

Presbítero Emilio Betancur Múnera

XXVIII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C

DIEZ SANADOS SÓLO UNO SALVADO

Para la fe como seguimiento de Jesucristo es primordial la memoria de Jesús como referente vital.

Las memorias de los apóstoles sobre Jesús se llaman Evangelios. En el año litúrgico, ahora ciclo C, Lucas, estamos siguiendo a Jesús paso a paso hasta llegar a Jerusalén en un viaje más teológico que geográfico. Todavía nos encontramos en los confines de Galilea y Samaría la región donde nació Jesús y donde se ubica el evangelio de la curación de los leprosos.

A distancia por razones de salud y religión los leprosos le gritan a Jesús: "Jesús, maestro; iten piedad de nosotros!". Es primero la profesión de fe: "Jesús, maestro" que la petición piadosa: "ten piedad".

La oración a Jesús es tan simple y profunda como decir: "Jesús maestro", "ten compasión de nosotros". Los leprosos no tienen más que decir. La respuesta de Jesús es sencilla: "vayan muéstrense a los sacerdotes". La distancia en el tiempo supera la distancia en el espacio, de Samaría a Israel. La Palabra en el tiempo les anticipa la sanación en el Templo. El encuentro con Jesús sobrepasa no solamente la situación particular sino la vida normal de todo pecador (leproso).

Los diez salen con una lección nueva para expresar la fe en la palabra de Jesús; no necesitan nada más: "mientras caminaban se fueron curando". Es en la realización de lo que Jesús ordena cuando se cumple la petición. La lejanía se acorta con la palabra que les manda ir al templo y ellos se comportan en el viaje como si estuvieran sanados.

La fe del samaritano tiene un valor agregado: él pasa de la sanación a la acción de gracias. Es un creyente que no utiliza a Jesús como el resto de los nueve, también curados de la lepra. Y mientras los diez hayan sido sanados sólo uno es salvado, quien da gracias. Ese mantendrá más fácil la memoria de su sanación; los otros la podrán olvidar a medida que pase el tiempo.

En definitiva si el samaritano agradeció fue porque Dios le sanó el corazón, los demás sólo sintieron que les curó la piel. Lo lamentable es que los ingratos son los de la casa (Judíos), mientras quien agradeció era extranjero (Samaritano). El cuerpo del samaritano es el templo de la fe que salva para no tener que ir al de

Jerusalén; en el cuerpo de los que no agradecieron quedó la ingratitud que fue peor que la lepra.

NAHAMÁN SE SANA POR OBEDECER

Entre Galilea y Samaría también fue sanado Nahamán el sirio quién para Israel era un enemigo extranjero, además excluido por ser leproso.

La mujer de Nahamán tiene una esclava israelita cogida en un saqueo, quien le dice a su institutriz que en Samaría hay un gran profeta que puede salvar a Nahamán.

El rey de Asam, actual Damasco, escribe a su homólogo de Samaría para encomendarle a su general, servidor de sus tropas Nahamán.

Los servidores del profeta Eliseo convencieron a Nahamán que bastaban siete (7) baños en las aguas del Jordán. Obedecer a un extranjero no era una actitud militar; pero Nahamán comprendió que obedeciendo a Eliseo podrá confiar en el Dios de Israel como lo confirma en el testimonio que da: "Ahora reconozco que no hay Dios en toda la tierra más que el de Israel... y cuando retorne a mi país le ofreceré sacrificios". También le ofreció regalos a Eliseo: Recibir regalos equivalía para el profeta, comprar los dones de Dios: "Mientras viva el Señor a quien sirve no lo aceptaré".

El profeta prefiere acceder al deseo de Nahamán de llevarse tierra para Israel con el fin de construir un altar para el Señor porque no quería ofrecer más holocaustos o sacrificios a ningún otro Dios.

Lo ocurrido a Nahamán, los diez leprosos y a nosotros merece decir con el Salmista: "Cantemos al Señor un cantico nuevo pues ha hecho maravillas el Señor ha dado a conocer su victoria y ha revelado a las naciones su justicia". Una vez más ha demostrado Dios su amor y su lealtad hacia Israel.

La tierra entera ha contemplado la victoria de nuestro Dios que todos los pueblos y naciones, aclamen con júbilo al Señor.

"El Señor nos ha mostrado su amor y su lealtad" (Sal 97)

En este contexto adquiere una profunda significación parte del testamento de Pablo a Timoteo (Segunda Lectura).

"Querido hermano. Recuerda siempre que Jesucristo, descendiente de David, resucitó de entre los muertos, conforme al Evangelio que yo predico".

El templo, es el lugar primordial de la Eucaristía , acción de gracias y memorial de la victoria de Jesucristo sobre la muerte y todos los signos de "lepra" que el hombre actual sufre. El templo parroquial es el lugar de sanación y salvación donde celebran y agradecen todos los salvados; todos los que desean y suplican ser sanados de la lepra del dinero, la suficiencia, la violencia, la corrupción o cualquier otra manifestación de lepra personal o social.

La Eucaristía Dominical es la más íntima acción de gracias que requiere salir de nuestras "lepras" para celebrar la misericordia de Jesús muerto y resucitado.

La comunidad es el lugar propio de la alabanza porque nos une como comunidad de salvados y nos permite regresar a la Eucaristía para dar gracias como lo hizo el leproso- samaritano.

La fe como acción de gracias requiere más de tiempos que de espacios, fue regresando cuando cayeron en cuenta que estaban limpios y solo uno retornó para dar gracias.

EL DOMINGO ES UN OASIS

El domingo y la celebración comunitaria son una tienda temporal a la que llegamos no como retén sino como oasis para provisionarnos de todo cuanto requiere la semana para ser tiempo de fe y sanación.

En la práctica pastoral creyente nos acercamos dominicalmente al templo para ponernos en comunión con nuestros hermanos difuntos, quienes habiendo sido sanados por la misericordia de Dios y escuchar nuestra súplica: "Jesús maestro, ten piedad de nosotros".

Si la ingratitud es una lepra peor que la enfermedad física, la Eucaristía cura toda ingratitud. Si el deterioro de la acción de gracias en el culto y con la comunidad vuelve ingrato el corazón, su práctica lo llena de gozo.

Si el Samaritano a partir del corazón sanado se curó de otras lepras; fue capaz, entonces, de mantener en la normalidad de su vida el agradecimiento que se llama Fe.

Para cumplir la misión de "predicar, ser apóstol y maestro" (2 Tim, 1,11) del evangelio, Pablo se sometió a toda clase de juicios y duros tratos, hasta la prisión y la muerte. "Por lo tanto soportó todo en nombre de los escogidos, para que puedan obtener la salvación que está en Cristo Jesús, junto con la gloria eterna.

Dos cosas son dignas de notar aquí: la repetida afirmación del destino común del cristiano. Es con Él que morimos, que vivimos, que soportamos la prueba y reinaremos. Segundo, la expresión, de vivir con la esperanza; si rechazamos a

Jesús nos rechaza él a nosotros; pero nunca tomará la iniciativa: "Si somos infieles; El permanece fiel porque Él no puede negarse a sí mismo"

A pesar de nuestras limitaciones e infidelidades podemos decir como Pablo: "pero no estoy apenado, porque lo conozco a Él, en quien he creído, confiado en que puede cuidar lo que se me ha confiado hasta hoy" (2 Tim 1,12).